

Apéndice G.

La antigüedad del hombre. El origen reciente del hombre.

La antigüedad del hombre.—M. Carlos Lyell ha publicado en 1873 despues de principiada la impresion de mi obra, la cuarta edicion de su harto célebre obra: *Las Evidencias geológicas de la antigüedad del Hombre*. Este título era en las primeras ediciones un anacronismo y una mentira. Un anacronismo, porque la geología nada tiene que ver con el hombre, y ella habia acabado su tiempo cuando el hombre apareció sobre la tierra; una mentira y una mentira grosera y villana, puesto que la geología, lejos de demostrar hasta la evidencia la antigüedad del hombre, no la demuestra de ningun modo, no la hace siquiera probable, haciéndola más bien completamente improbable ó aun imposible. La debilidad de las pruebas, ó mejor dicho la falta absoluta de pruebas, es más sensible todavía en la cuarta edicion que en las precedentes, y para probarlo bastará que yo reasuma aquí rápidamente el capítulo décimo nono de dicha obra, páginas 413 y siguientes. Hé aquí el sumario trazado por el sapientísimo geólogo: «Édades de la piedra y del bronce.—Las turberas de Dinamarca y los restos de cocina.—Las ciudades lacustres de la Suiza.—Los cambios locales ocurridos en la vegetacion, en los animales salvajes y domésticos, en la geografia fisica, contemporánea de la edad del bronce y de la última edad de la piedra.—Edad de la piedra de Saint-Acheul y de Aurignac.—Emigracion del hombre durante aquel período, desde el continente á Inglaterra, en los tiempos posglaciales.—Desenvolvimiento lento del pro-

greso en las edades de la barbarie.—Discusion de las doctrinas relativas á la inteligencia y facultades superiores del tronco originario del género humano.—Opinion de los griegos y romanos, su coincidencia con la de los progresionistas modernos.—Civilizacion primitiva de los orientales y egipcios, comparada á la del primero y segundo período de la edad de piedra.»

Hélo aquí todo, y lo que sorprende en dicho sumario, es que nada tiene de comun con la geología, que se halla por el contrario enteramente fuera de la geología, y que solo menciona algunos fenómenos ocurridos en la superficie de la tierra despues de la geología. Es, pues, cierto, absolutamente cierto, que el hombre no es en manera alguna geológico.

Si el sumario es débil, más débil todavía es su desarrollo, y nosotros hemos refutado victoriosamente todos los argumentos invocados por M. Carlos Lyell: el largo tiempo requerido para la desaparicion de las razas extinguidas de animales salvajes, el largo tiempo trascurrido desde la existencia de ellas, el largo tiempo exigido para los depósitos de cascajo superiores ó inferiores, el largo tiempo necesario para pasar de la piedra simplemente labrada á la piedra pulida, etc. Es verdaderamente triste el ver que un geólogo tan renombrado se resigna para sostener su tesis á hacer en todas partes y sin cesar apelacion á lo desconocido y á la hipótesis contra lo conocido. La fecha y la causa de la desaparicion de las especies extinguidas y la fecha del período glacial, etc., son grandes incógnitas, el estado salvaje primitivo del hombre es una vana hipótesis, etc.; y se tiene el descaro de oponerlas al hecho, más patente que la luz, de la creacion reciente del hombre en el pleno ejercicio de sus facultades ó en el estado de civilization perfecta.

El origen reciente del hombre puesto en evidencia por la geología y la ciencia moderna de la arqueología prehistórica, por M. James C. Southall. Grande in-8°, XII-805 páginas,

con numerosos grabados. Filadelfia, J. B. Lippincott y C.^a Lóndres. Trubner y C.^a 1875.—Tal es el título de un magnífico volúmen americano escrito con el más excelente espíritu y que viene á abrir la era de una dichosa reaccion (que yo habia previsto y anunciado al principio de mi libro), que M. Alejandro Bertrand realiza en cierto modo y lleva á buen término.

No haré el análisis de la grande obra de M. Southall, ya que ello fuera analizar mi propio trabajo y reproducirlo. Ambos hemos hecho, él en América y yo en Francia, los mismos estudios extensos y detenidos, los dos hemos reportado de ellos las mismas enseñanzas, los dos hemos sacado la misma conclusion; y esta conclusion es el origen reciente del hombre, el acuerdo perfecto de la arqueología y de la revelacion. Dispensaré al animoso americano el honor de enumerar los títulos de los capítulos de su volúmen:

1. Primer bosquejo de las razas humanas.
2. La unidad de la especie humana.
3. La antigüedad del hombre.
4. La antigüedad del hombre (continuacion).
5. La ligereza de la ciencia.
6. Las luchas del cristianismo.
7. Los primeros anuncios de la ciencia en lo concerniente á la antigüedad del hombre.
8. Las fuentes de los argumentos en los cuales se apoyan los antropologistas para probar la antigüedad del hombre.
9. Los monumentos megalíticos y los túmulos.
10. Los monumentos megalíticos (continuacion).
11. Las ciudades lacustres.
12. Los restos de cocina de la Dinamarca.
13. Las cavernas de osamentas.
14. Resumen de cuanto se refiere á las cavernas.
15. Solutré.
16. Los cascajos de rio de Francia ó Inglaterra.
17. Las turberas del valle del Somme.
18. Estudio más completo de los cascajos.
19. Nuevas observaciones sobre los depósitos de cascajo.
20. El mammoth.
21. Resultados de los estudios que preceden.
22. Cambios recientes en la geografia del globo.
23. Piedra, bronce y hierro.
24. La edad de la piedra y la edad del bronce entre los mejicanos.
25. Un Herculanium griego.
26. Las ruinas de Troya.
27. Las

28. Halstadt.
29. Nuevas consideraciones sobre las turberas de musgos.
30. Limo del Misisipi y del Nilo y el cono de Tiniere.
31. La ausencia de la edad paleolitica en Egipto.
32. La ausencia de la edad neolitica en el norte de Inglaterra, en Escocia, Irlanda, Noruega, Suecia y Dinamarca.
33. Fecha reciente de la época glacial.
34. La Siberia.
35. Los germanos y los bretones descritos por Tácito, César y otros escritores antiguos.
36. La antigüedad del hombre en América.
37. Consideraciones nuevas sobre la unidad de las razas americanas y su conexon con el antiguo mundo.

Los dos capítulos: de la mezquindad, ligereza y variaciones de la ciencia, y de las luchas del cristianismo, son verdaderamente notables. Yo quisiera hacerlos conocer de otra manera que por sumarios; mas preciso es abreviar, y estoy impaciente por concluir.

Cap. V. *La ligereza de la ciencia.*—Vacilaciones de la ciencia.—Sus vacilaciones sobre la unidad de las razas humanas.—La teoria de Lamark.—Las fluctuaciones de las opiniones de Sir Carlos Lyell.—La nueva teoria de la luz.—La hipótesis nebulosa.—Las brechas geológicas.—Sir Carlos Lyell y M. de Orbigni.—La cuestion del calor central de la tierra.—La generacion espontánea.—Los sondeamientos profundos del mar.

Cap. VI. *Las luchas del cristianismo.*—El cristianismo.—Los ataques de que es objeto.—Los tres primeros siglos.—La filosofia es la ciencia moderna.—Las tendencias que hoy predominan no son nuevas.—Los vestigios de la creacion.—Lamark y Geoffroy Saint-Hilaire.—Hartley, Bonnet.—Teoria astronómica de Demócrito.—El protoplasma de Anaxágoras.—El budhismo.—Los Vedas.—La audacia poco garantida de la ciencia.—Ciencia y literatura necesariamente infieles.—Las dificultades presentadas por la Biblia.—El temperamento de la ciencia moderna.—Su exclusion de lo sobrenatural.—Sus propensiones á especular y á teorizar.—Resúmen de los ataques de los cuales el

cristianismo es objeto.—El triunfo de lo pasado garantiza el triunfo del porvenir.—La última lucha con el paganismo.—Las dudas en la Edad media.—El renacimiento literario en el siglo xvi.—Los cursos de Lorenzo de Médici y de Leon X.—La universidad de Padua.—El siglo xvii.—Lord Herbet, Hobbes, Spinosa, Bayle, Condillac.—Principio del siglo xviii.—Collins, Woolston, Tyndall, Morgan, Chubb, Bolingbroke.—La última parte del siglo xviii.—Hume, Voltaire, Diderot, Helvecio.—Rousseau.—Sus sucesores Gibbon y Paine.—La Revolución francesa.—Filosofía sensualista de Cabanel.—Destutt de Tracy.—Volney.—La Alemania incrédula.—Semlet, Paulus, Eichorn. La filosofía de Kant.—El siglo xix.—Byron y Shelley en Inglaterra.—Fichte, Schelling y Hegel en Alemania.—La vida de Jesucristo por Strauss y las teorías míticas.—La escuela alemana de la crítica bíblica.—Periodo reciente.—Carlyle, Teodoro Parker, Emerson, Jacobo Martineau, Morell, Cousin, Feuerback, los Bauers.—Fracaso de sus ataques.—Alaque presente de la ciencia.

El bello volumen de M. Southwall ha provocado grandes cóleras entre los antropólogos de la Inglaterra, habiendo sido, por parte de uno de ellos, en el periódico *Nature*, el objeto de una crítica más que severa. M. B. D. acusa en términos muy duros al autor de haberse hecho el campeón de la Biblia contra las especulaciones de la ciencia, si bien afirmando juntamente que para él no hay antagonismo alguno real entre la religión y la ciencia, lo cual fuera cierto, si por ciencia la crítica entendiera la ciencia verdadera y no los sabios. Yo concederé que el origen reciente del hombre no es más que una recopilación; pero el autor ha bebido en las mejores fuentes, y puedo atestiguar que los hechos innumerables que consigna son enteramente auténticos y que las conclusiones que de ellos deduce son muy legítimas. La crítica se lamenta de que al leer dicho libro, el ánimo sientese engolfado en un torbellino de citas, de digresiones, etc., enunciadas con tal rapidez, que es difícil el comprender

el razonamiento, al cual ellas sirven de base. La obra de M. Southwall es, en efecto, un poco demasiado compendiada; mas ¿podía suceder de otro modo en un resumen que, á pesar de su brevedad, ocupa todavía más de seiscientas páginas? La crítica acaba por afirmar brutalmente que en ese inmenso laberinto de hechos no había podido descubrir una prueba siquiera del origen reciente del hombre.

Es ciertamente una acusación injusta, contra la cual M. Southwall protesta con energía. El ha probado efectivamente, que el hombre de Solutré no tiene la antigüedad que se le atribuía, puesto que los huesos de los caballos y reníferos que vivían cerca de él, conservaban todavía su gelatina, y que al ser rotos los cuernos de los reníferos exhalaban aún el olor de los cuernos frescos. El ha hecho ver que las ciudades lacustres subsistieron en Francia hasta el siglo viii de nuestra era, y en Dinamarca hasta el xi; ha demostrado que en América, los restos del mastodonte se encuentran en depósitos enteramente superficiales, y que se encuentran en sus estómagos alimentos no digeridos todavía; que el renífero vivía aún en Europa en la Edad media; que el oso de las cavernas sobrevivía en los tiempos neolíticos; que el hipopótamo ha sido encontrado en las excavaciones de Hissarlik sobre de las ruinas de Troya; que el león vivía en Europa en el siglo iii antes de nuestra era; que se encuentran los restos del rinoceronte en las cavernas neolíticas de Gibraltar; que algunos elefantes fueron presentados á Salmanasar II, en el siglo viii antes de J. C., y que este cuadrúpedo vivía aún en Mauritania en los tiempos de Herodoto y Plinio; que la capa continua de hielo impidió á los hombres de la edad paleolítica penetrar en Escocia y Dinamarca; que la primera edad en dichas regiones fué la edad neolítica, y que por consiguiente la época glacial es casi contemporánea de las ciudades lacustres, etc., etc.

Apéndice H.

Arqueología celtica y gala, memorias y documentos relativos á los primeros tiempos de nuestra historia nacional, por Alejandro Bertrand. vol. in-8, XXII-464 páginas. Paris, Didier y C.^a 35, anden de los Agustinos, 1876.—No creo incurrir en exageracion alguna al afirmar que dicho libro, cuyo sabio autor no repara en decir que *es un libro de buena fé*, es un acontecimiento y un acontecimiento feliz, puesto que él restablece la verdad sobre la más grave de las cuestiones de los tiempos modernos, el origen reciente del hombre. Para mí, ese libro es además una bonísima fortuna. Acabo de pasar siete años de mi vida estudiando cuanto ha sido publicado sobre el asunto que está tan á la órden del día, y por mi parte he hecho tambien mi cosecha, ó mejor dicho, he formado mis convicciones y hecho imprimir mis conclusiones. Tenia la certeza de no haberme engañado, mas conservaba cierto sentimiento de temor. Hoy todo temor se halla disipado, y gracias á M. Alejandro Bertrand, poseo sobre ello la plena seguridad, quedando siempre reconocido al mismo por la suerte que me ha deparado. Es un escritor autorizado; tiene, si así puedo expresarme, el oído de nuestra Academia de inscripciones y bellas-lettras; casi todas las memorias de su volúmen han sido presentadas á la ilustre corporacion, y han sido el objeto de informes ó de apreciaciones favorables. Ocupa además una posicion única: es el director del museo arqueológico de San-German, el más rico del mundo, cada una de cuyas galerías es un tesoro inestimable de los testimonios los más auténticos del pasado; ha estudiado y clasificado cada uno de los objetos en número inmenso, y muy á menudo aun los ha visto y exa-

minado sobre los lugares en algunas exploraciones oficiales. Nada, pues, le ha faltado: ni la instruccion material, ni la ciencia teórica, ni el mérito literario. Él hace y hará más y más autoridad. En cuanto á mí, siéntome casi inclinado á ver un milagro, ó una intervencion providencial en las tendencias, el método y las conclusiones de su libro. ¿Quién hubiera jamás podido imaginarse que la verdad saldría en toda su simplicidad y majestad de ese museo de San-German, donde todo ha sido dispuesto por una mano activa y hábil para ilusionar é imponer fatalmente la loca creencia de que nuestra Galia era habitada desde veinte mil, cien mil años y más? ¡Cuántas victimas pudiera yo nombrar de esa coordinacion sistemática al exceso! M. Alejandro Bertrand no trata directamente de los orígenes, en Francia, del hombre de la piedra simplemente labrada, ó de la época arqueolítica. Sólo se remonta hasta el hombre de la piedra pulida; mas él establece, con mano firme y segura, todos los principios fundamentales que afianzan é imponen la doctrina de la aparicion reciente del hombre sobre la tierra.

«Los resultados de la arqueología no se hallan en discordancia con los datos de la historia.

«Las innumerables excavaciones practicadas sobre algunas inmensas superficies nada nos indican que pueda ocasionar la menor sorpresa á un Herodoto, á un Tucídides, á un Polibio, á un Estrabon y aun á un Tito Livio.

«La civilization no es indígena; ella no se desenvuelve á la manera de un gérmen depositado en el suelo; es traída de fuera por algunas corrientes procedentes de diversos puntos del horizonte.

«La introduccion de la geología en la arqueología no es de ningun modo necesaria y ofrece graves peligros.

«La palabra *edad*, de la cual tanto se ha abusado, es irracional, por exagerar casi siempre la importancia de los hechos.

«Las razas animales desaparecen por influencias distin-

tas de las influencias climatéricas. El renfífero, por ejemplo, huye siempre el contacto de las razas bovinas: él no paece allí donde pació la vaca, etc., etc.»

Hay, finalmente, una circunstancia que añade muchos quilates al valor de tal volúmen. M. Alejandro Bertrand lo ha dedicado á su hermano José Bertrand, secretario perpétuo de la Academia de ciencias. Para todo aquel que conozca la independencia de carácter del sapientísimo secretario perpétuo, la aceptación de la dedicatoria de un libro tan comprometedor, en los tiempos que corremos, tan opuesto á las doctrinas que arrastran tantas inteligencias distinguidas, será una prueba palpable de un perfecto acuerdo entre el fondo y las conclusiones del mismo. Jamás pudiéramos recomendar bastante la *arqueología celtica* de M. Alejandro Bertrand, que nos hacemos un deber de analizar extensamente con las propias palabras del autor.

I. Prefacio.—Los pueblos de la edad de la piedra.—La Galia antes de los metales.

Llamados por nuestro cargo á tomar una parte activa en el gran movimiento científico de antropología y arqueología prehistórica, hemos seguido su desenvolvimiento con un interés creciente, y hasta diremos con pasión, buscando sin precipitación y sin espíritu de sistema, la interrelación de los hechos nuevos y sobre todo el lazo que pudiera unirlos á la historia escrita... Desde diez años acá, no hemos cesado de clasificar, dividir y subdividir esas antigüedades para exponerlas bajo su verdadera luz... Sobre los puntos esenciales, nuestra convicción está formada, y no tememos decir que cada descubrimiento viene á confirmar los resultados obtenidos... Estos resultados ghállanse acaso en discrepancia con los datos generales de la historia? No lo creemos... Lo que hoy escribimos es un suplemento para la historia. De ahí tomamos la explicación de los grandes acontecimientos, mal conocidos hasta aquí en sus causas primeras. En ello nada vemos capaz de causar la me-

nor sorpresa á un Herodoto, á un Tucídides, á un Polibio, á un Estrabon... La misión de la arqueología es de proporcionar á la historia escrita un suplemento y un regulador; el arqueólogo es un auxiliar del historiador... La arqueología está llamada á desempeñar un papel todavía más importante: uno de los problemas más difíciles ha sido siempre la determinación de las varias corrientes que trajeron á las diferentes regiones de la Europa los elementos de la gran civilización... La Inglaterra, la Irlanda, los países escandinavos, la Alemania del norte y la Francia, tuvieron, lo mismo que las islas del sud, su edad de piedra. Dicha edad duró largo tiempo, y terminó solamente entre nuestros padres, como en las islas del sud, á consecuencia de una influencia extranjera. Si la Galia hubiera permanecido aislada, sin comunicación alguna con los grandes centros civilizados del Asia, se encontraría probablemente aun en esa edad de piedra, con la cual nuestros padres contentáronse por tanto tiempo, y cuyos usos parecen haber abandonano á duras penas. Los arqueólogos del norte colocan hácia el año *mil* antes de nuestra era, la fecha de la introducción del bronce en Escandinavia... La Galia hallábase también poco adelantada. La edad de piedra fué en ella muy larga. Nada prueba que quinientos ó seiscientos años antes de nuestra era, no solamente el Lozère, la Auvernia y el Lot, sino aun nuestras principales provincias del noroeste, hubieran salido por completo de tal edad. Preciso es esperar hasta el año 200 á 250 antes de J. C. para encontrar en los *oppida* ó los sepulcros de nuestros departamentos meridionales, algunas huellas sensibles del comercio mediterráneo. Antes de conocer el bronce, dichas hordas hiperbóreas gozaban ya de una situación general, la cual no es extraño que tuvieran en grande estima... Ellas vivían aun ochocientos ó novecientos años antes de nuestra era una vida tradicional é ignorada. Se ha creído que la edad de la piedra pulida representaba una de las fases normales y necesarias del desenvolvimiento de la

humanidad en la vía del progreso... Tal concepto sólo es propio para desorientar. La perfección progresiva del trabajo de la piedra, en los pueblos septentrionales y occidentales, tiende únicamente á su aislamiento... Dichos pueblos progresaron por sí mismos hasta la piedra pulida, sin que pudieran ir más lejos... En una fecha que verosímilmente no se remonta más allá del siglo x ó xii antes de nuestra era, algunas armas de bronce, algunos utensilios y alhajas del mismo metal, principiaron á penetrar en el mundo septentrional, donde dominaba exclusivamente la civilización de la piedra pulida. Las nuevas corrientes, fecundizando así aquellas regiones desheredadas, salían de una fuente única, que debe ser erigida junto al Cáucaso ó al Mediterráneo... Nosotros no titubeamos en asegurar que fué oriunda del Cáucaso... Las palafitas de los lagos de Ginebra, Bienne, Bourget, etc., parecen una colonia escandinava... La civilización del bronce puro penetró muy poco en Italia y la Galia... La Francia no sufrió, en la época de la introducción primera de los metales, la revolución de la cual los países más meridionales nos ofrecieron el ejemplo. En la época en que los Focios vinieron á fundar sobre nuestras costas algunos establecimientos duraderos, el centro, el norte y el oeste de la Francia hallábanse aún en plena edad de la piedra pulida... Ya el hierro mostrábase en todas partes é iba á invadirnos... El período del bronce, dado que haya habido uno, no fué ni largo, ni general en las Galias... Una capa indígena de origen desconocido, encima de la cual están sobrepuestas las tribus del tipo septentrional, que enterraban á sus caudillos debajo de los dólmenes, tal parecían haber sido en la Galia, hasta la invasión de las bandas armadas de la espada de hierro, el *sub-stratum* humano... Con la introducción del hierro comienza para la Galia una era verdaderamente nueva... El origen de dicha civilización no es más que un misterio... Numerosos descubrimientos arqueológicos nos permiten seguir desembarazadamente las huellas de aquellos á quienes los debemos y que pro-

cedían de las regiones que riega el Danubio... Los objetos contenidos en sus sepulcros, de un carácter enteramente especial, nos dan á corta diferencia la fecha de aquel grande acontecimiento... Las sepulturas más antiguas pueden ser del siglo v ó vi antes de nuestra era, las más recientes son del v. Nos hallamos, pues, en plena era histórica, en la época en que los griegos y los romanos principiaron á entrar verdaderamente en relación con nosotros. Aquella revolución que hizo á la Galia lo que ella era en tiempo de los romanos fué el resultado de una invasión, de una conquista... Con las tribus guerreras que nos traen al invadirnos el uso general de las armas de hierro, todo cambia y se transforma... Dos fuerzas principales, que al principio obraron separadamente y luego de consuno, contribuyeron á la organización social definitiva del país antes de los romanos: la asociación militar de los gálatas conquistadores por un lado y el druidismo por otro... Que el druidismo vino de la Gran Bretaña, César nos lo dice, y nosotros no tenemos derecho de renhusar su testimonio; y que el punto en que recibieron su impulso los movimientos militares que transformaron la Galia hacia el siglo v, fué el Danubio, mil datos arqueológicos lo demuestran.

II. *Introducción.*—*Informe sobre el congreso internacional de arqueología prehistórica, celebrado en Estokolmo.*— M. Adriano de Longpérier, el ilustre erudito, resume dicha memoria en estas breves líneas: « La novela prehistórica lleva trazas de circunscribirse... Empiézase á ver que las civilizaciones y las industrias y el empleo de los metales ofrecieron en la alta antigüedad las variedades más características. Reconócese que el renjifo se retira ante la marcha progresiva del ganado doméstico, lo que no implica fenómeno alguno climático... Un arqueólogo eminente, M. Virchow, declara que la craneología no se halla aun bastante adelantada para dar resultados prácticos.» La memoria termina con algunas reflexiones

muy sensatas, que nunca podrán ser bastante popularizadas... No solamente no tenemos razon alguna para decir que en todas partes el uso del bronce precedió á la edad del hierro, ya que, segun las tradiciones bíblicas. Tubalcain lo trabajaba antes del diluvio, y que los egipcios se servían de él dos mil seiscientos años por lo menos antes de nuestra era, sino que consta que varios pueblos del Asia conocieron el hierro sin haber jamás conocido el bronce... La influencia preponderante de los geólogos en el impulso dado á las ciencias prehistóricas produjo el triste resultado de introducir en los hechos relativos al desenvolvimiento de las sociedades humanas un método y unos hábitos de raciocinio muy poco aplicables á ese terreno movedido, en que se agita el libre albedrío al lado de la omnipotencia divina... El creer que todas las razas humanas han pasado necesariamente por las mismas fases de desenvolvimiento y recorrido toda la série de los estados sociales que la teoria pretende imponerles, fuera un error gravísimo. La más simple observacion demuestra lo contrario... La Europa antigua vivió por largo tiempo respecto del Asia en la situacion misma en que la América vivió respecto de nosotros. Sólo los estudios propios pueden aclarar nuestra antigua historia. Tengamos pues, paciencia, recojamos hechos, clasifiquémoslos y no nos apresuremos á decidir.

III. *Los trogloditas de la Galla y el rengífero de Thuvingen.*—M. Bertrand se ha tomado el trabajo de resumirse á sí propio en un preámbulo que vale por sí solo un libro entero... «Si debemos creer á algunos sabios, la *edad de las cavernas* hubiera durado, no, centenares, sino miles de años, y representaría de una manera general la primera fase del desenvolvimiento de la humanidad. Eso son meras hipótesis. Nada prueba que el troglodismo... haya sido, ni aun en las sociedades primitivas, otra cosa que una escepcion; el buen sentido por lo menos induce á suponerlo así...; que en el siglo XII ó en el siglo XV antes de nuestra era hayan podido existir algunos salvajes de

la clase de aquellos de nuestras grutas; ninguno de los eruditos que hacen de la historia su ocupacion cotidiana se sorprenderá de ello al parecer... Resta la cuestion de la fauna de las cavernas. Más zacoso no se ve que la existencia de los animales salvajes, su propagacion ó su destruccion depende de mil causas muy difíciles de determinar *á priori*, y entre las cuales las causas climáticas no sean tal vez las menos influyentes?... Sobre diez especies encontradas en las cavernas habitadas, las nueve en general pertenecen á animales que viven todavia hoy. El rengífero es el único que ha desaparecido enteramente de nuestros climas, al menos desde la época romana... Empero ¿se está bien seguro de que el rengífero de las cavernas fuera á la sazón un animal salvaje y no un animal doméstico? (Los caballos y los rengíferos que fueron desenterrados en Solutré, todos ellos de edad adulta, eran ciertamente caballos y rengíferos domésticos...) Es de notar que las cavernas en que los objetos elaborados se hallan en mayor número son igualmente aquellas en que el rengífero más abunda... En la Rusia oriental, en 1775, existian aun numerosas tribus que llevaban en medio de sus rengíferos una vida absolutamente parecida á la de nuestros trogloditas, y mostraban para las artes del dibujo las mismas aptitudes.

¿Hacia qué siglo aproximadamente tuvieron término los hábitos troglodíticos?... La época de las cavernas y la época de la piedra pulida hallanse en contacto incontestablemente... Estas dos épocas se tocan y confunden, si es que sea posible colocar entre ellas período alguno intermedio. Mas la edad de la piedra pulida, todo tiende á demostrarlo, fué desde muy temprano penetrada por la invasion, circunscrita al principio y luego muy pronto harto seusable, del bronce oriental... La fecha inicial de dicha importacion de los metales en Europa no puede esceder del siglo XX antes de nuestra era, unos mil novecientos años antes de Jesucristo. Ella debe descender al siglo XII, cuando no al X para la Galla... La edad de la

pedra pulida hubiera principiado, pues, en la Galia mucho tiempo despues de Menes, y no hubiera tenido fin hasta muy cerca de la época de Salomon... La misma época de las cavernas hállase relacionada directamente con la época histórica... El nuevo ramo de la ciencia que hoy se desenvuelve es sin duda extra-literario, mas se hace mal en calificarlo de prehistórico... Por remoto que pueda ser en lo pasado el momento en que las poblaciones trogloditas aparecieron en la Galia, ellas vivieron allí progresando siempre dentro de un círculo muy estrecho hasta el momento en que fueron, por decirlo así, civilizadas por las hordas de la piedra pulida, época que dista mucho de perderse en la noche de los tiempos, y que confina por el contrario incontestablemente con los tiempos absolutamente históricos... Algunos filósofos teóricos han pretendido que el hombre habia sido en todas partes condenado á pasar sucesivamente, y como por una ley de su propia naturaleza, del estado de cazador nómada al de pastor, luego al de agricultor... Hasta aquí los hechos desmienten tales teorías, al menos respecto de la Europa.»

IV. *De los monumentos primitivos de la Galia. — Monumentos dichos célticos: túmulos y dólmenes.*— Reservado acaso hasta el exceso, M. Bertrand contentáse con enunciar como hipótesis, más en relacion con los hechos, las afirmaciones siguientes:

Los dólmenes son sepulcros que pertenecen á la edad de la piedra.

Los túmulos son sepulcros que pertenecen á la edad del bronce.

Los dólmenes son precélticos, y los túmulos son célticos.

Los monumentos dichos célticos cubrieron en antiguos tiempos, desigualmente sin duda, pero sin excepcion, la faz de la Galia.

Los túmulos aglomerados hállanse en los sitios de las grandes batallas. Los dólmenes pertenecen á un pueblo de

costumbres mucho más primitivas y que parece no haber ocupado más que las márgenes superiores de los rios y las orillas del Océano, pero solamente en el oeste de la Galia hasta la Gironda. Probable es que sean esas mismas poblaciones las que, en una época más inmediata á nosotros, levantaron los grandes alineamientos... Creemos que no está muy lejos el momento en que, dejando de considerar á los celtas (gálatas ó galos) como salvajes, y de atribuirles los monumentos más primitivos del mundo, se reconocerá, en las ruinas del pasado, lo que les puede ser atribuido legítimamente.

V. *Los monumentos dichos célticos en la provincia de Constantina.*— Dichos monumentos, notables por su acumulacion sobre algunos puntos determinados, parecen más completos que aquellos mismos de las comarcas del oeste de la Francia. Menester fuera ir hasta la Dinamarca, el país clásico de los dólmenes, de los cromlechs y de los túmulos, para encontrar un conjunto tan satisfactorio de construcciones semejantes. Todos esos monumentos son sepulcros; los cuerpos fueron sepultados en ellos, no quemados, con los brazos cruzados y las piernas dobladas, de tal suerte que las rodillas tocan á la barba. Es bastante verosímil que todos los monumentos dichos célticos son los monumentos, no de una época, no de una edad particular, sino los de aquellas tribus que, rebeldes á toda transformacion y á toda absorcion por las razas superiores que poblaron temprano la Europa, despues de haber sido rechazadas del Asia central hácia los países del Norte, haber seguido las orillas del mar Báltico y morado en Dinamarca, fueron de nuevo arrojadas, remontaron hasta las Orcadas, y luego, volviendo á descender por el canal que separa la Irlanda de Inglaterra, llegaron, de etapa en etapa, primero á la Galia, luego á Portugal, y finalmente hasta el Africa, donde se extinguieron ahogadas por la civilizacion que no les dejaba ya lugar en parte alguna.

VI. *La galería cubierta de Conflans y los dólmenes horadados.*—Esta galería, adquirida por el museo de Saint-Germain, comprendía dos estancias y un vestíbulo. Se ha reconocido en ella la presencia de una veintena de cuerpitos con varias hachas de piedra pulida, una de ellas de diorita. Un detalle de construcción notable es que la piedra de entrada ó principal, ostentaba un agujero circular acompañado de su tapon. Los monumentos de piedra horadada encuéntranse fuera de la Francia y en algunas regiones muy apartadas unas de otras, el Cáucaso, la Inglaterra, la Siria y hasta en la India. El caso no es de ningún modo el autor de tales coincidencias.

VII. *Una palabra sobre el origen de los dólmenes y de las galerías cubiertas.*—Parece probado que la galería cubierta, de la cual el dólmen no es más que un diminutivo, es en realidad una morada subterránea para sepultura de los muertos, hecha á imitación de la morada de los vivos, pero con materiales más duraderos... Pues bien, los pueblos de habitaciones subterráneas no pueden ser más que poblaciones septentrionales... La civilización de la piedra pulida es, pues, necesariamente una civilización hiperbórea.

VIII. *Era céltica, la Galia después de los metales.*—La era céltica es, sobre todo para la Galia y la alta Italia, una expresión mucho más justa que la *edad del bronce*. Nosotros la sustituimos, pues, á dicho primer período *histórico* de nuestros anales; nosotros tenemos así la serie lógica: *era céltica, era gala, era romana, era franca ó merovingia*, el todo precedido de una era *innominada*, á la cual damos la denominación de *tiempo primitivo de la Galia*.

IX. *El bronce en los países transalpinos.*—La Europa occidental toda entera, salvo la España tal vez, debió, en una época que se remonta por lo menos al siglo X antes de nuestra era, tener noticia de la importación de armas,

alhajas y utensilios de bronce de toda clase. Dichos objetos llevan un sello evidente de origen común; su ornamentación que sólo admite líneas geométricas, con exclusión de toda representación de seres animados, indica, ó bien que todos ellos procedían de un mismo centro, ó bien que los países en que se les encuentra profesaban religiones análogas. Esos bronces que encontramos en la Galia, Germania, Dinamarca, Inglaterra, Irlanda y hasta en Italia, no son *helénicos ni etruscos*; son el producto de una civilización antigua anterior, pelágica, *umbria ó céltica*.

X. *De la expresión edad del bronce aplicada á la Galia.*—M. Bertrand afirma que no hubo en la Galia edad alguna del bronce, y aconseja á los sabios que abandonen definitivamente esa malhadada expresión de *edad*, que abulfa casi siempre, por las ideas accesorias que trae consigo misma, la importancia de los hechos. Encuéntranse en Francia algunos objetos de bronce comparables á los del Norte; más dichos objetos no son el efecto de un desenvolvimiento indígena y espontáneo, sino que corresponden á un estado social general; son un recurso de comercio ó importación.

XI. *Dos frenos de bronce, de caballo, encontrados en Merigen y Vaudrevaux.*—La presencia de estos simples frenos en medio de los demás objetos lacustres entraña, como consecuencia casi necesaria, que las estaciones lacustres de la Suiza distan mucho de remontarse á la remota antigüedad que algunos espíritus preocupados acaso les han atribuido. Hé aquí, en efecto, que en esta misma capa arqueológica de la estación suiza de Merigen, con gran sorpresa de los arqueólogos rusos, acaba de descubrirse una espada de hierro con puño de bronce. Los frenos encontrados son muy pequeños, y el caballo al cual fueron aplicados debía ser de talla muy corta. Pues bien, retrocediendo en la historia escrita, hállase efec-

tivamente el recuerdo de unos pequeños caballos que los ligulos llamaban syginnes; y por otra parte, M. Andrés Sanson afirma que nuestros pequeños caballos, nuestros caballos bretones en particular, pertenecen á una raza oriental, introducida en la Galia por algunas tribus asiáticas. Aun puede notarse con Estrabon la presencia de esos pequeños caballos syginnes hasta en el Cáucaso... Motivos tienen, pues, aquí para reflexionar aquellos que hacen de los tiempos *prehistóricos* una época aparte y anterior á toda historia.

XII. *La incineracion en Italia durante la época etrusca. Sepulturas preetruscas de Poggio-Renzo, cerca de Chiusi.*—Tres ciudades, Chiusi, Core y Albano, ofrecen algunos caracteres idénticos (urnas funerarias teniendo por principal ornato la cruz de sal gema ó mineral) pertenecientes á una época remota preetrusca ó intraetrusca. Las tres ciudades se hallan en la Eneida como aquellas cuya suerte está unida á la de Eneas. ¿No habría ahí una coincidencia singular, si no debiese verse en ello el recuerdo y el eco de hechos reales? Y si ciudad alguna de la Etruria central figura en la Eneida, ¿no es acaso porque en la época á la cual nos conducen las tradiciones y las leyendas, los etruscos, los verdaderos *tusci*, no habian aparecido todavía sobre la escena? Agylas, Comars y Albalonga, ciudades pelágicas, representaban solas á la sazón el papel principal.

XIII. *Los Celtas. Primeras tribus célticas conocidas de los griegos.*—Varios testimonios auténticos de Hecateo, de Scylax, etc., y la leyenda argonáutica nos permiten afirmar que á mediados del siglo tercero antes de nuestra era los celtas del Eridan y de los valles del alto Ródano, los celtas de los grandes lagos entre la selva Hirciniana y la Liguria, tenían ya una reputacion legendaria bien cimentada, que les permitia figurar al lado de los Ligios en los sucesos que se remontan á los tiempos de Hércules.

Algunos pasajes de los escritores antiguos concernientes á los hiperbóreos, refiérense en realidad á los celtas del Ródano. Diodoro, cincuenta años antes de nuestra era, decia: Apellídase celtas á los pueblos que moran más arriba de Marsella, entre los Alpes y los Pirineos. Y añade: las poblaciones situadas más al norte son distintas de los celtas y diferentes de raza: esos tales son los galatas.

XIV. *Era Gala. Las armas de hierro.*—A la era céltica sucede la era gala, caracterizada por la preponderancia del hierro, y varias otras modificaciones en los hábitos, las costumbres, la industria y los trajes, etc. La espada de bronce desaparece, la inhumacion debajo de los túmulos ó en plena tierra sustituye á la inhumacion en las estancias megalíticas. La region por excelencia de la era gala es el Este de la Galia, la region que ocuparon más tarde los francos y los burguñones.

XV. *Túmulos galos del distrito municipal de Magny-Lambert, Côte d'Or.*—Se ha llegado á adquirir la certeza sobre dos hechos: 1.º La série de los objetos recogidos en la Galia á partir de los tiempos más remotos hasta el fin de la época merovingia forma un número incalculable de capas ó cimientos sucesivos distintos, de carácter muy discordante, con cuyo auxilio puede formarse una especie de corte estratigráfico; 2.º el carácter típico de cada capa no dimana de ningun modo de la evolucion ó expansion de algun gérmen que se desenvuelve regularmente, como hace el embrion en los seres vivientes, sino más bien por algunas modificaciones sucesivas ó diversas, que varias influencias ajenas á nuestro suelo y fáciles de comprender infundieron en el elemento indígena. Así en la excavacion de Magny-Lambert, encuéntrase al lado de la espada, del brazalete y del vaso de arcilla galo, un cisco ó sello y una copa que obligan á dirigir la mirada hacia la parte del valle del Danubio ó de la alta Italia; una hoja delgada de oro desperdiciada y una perla esmaltada que

recuerdan las islas de la Grecia; un anillo de pierna á guisa de espiral, que tiene algunos análogos en Hungría, en Mecklenburgo ó en Dinamarca. La Galia en dicha época sostenía, pues, relaciones con varios países muy diversos, y particularmente con el mundo griego y etrusco.

XVI. *Los vasos etruscos descubiertos allende los Alpes.* La presencia de bellos vasos pintados, de bronce ó de barro, en Suiza, Baviera, Francia, etc., sólo puede explicarse como una consecuencia de las rapiñas de aquellos pueblos bárbaros; dichos vasos aparecen en cierta fecha y desaparecen en otra, lo cual concuerda perfectamente con lo que nos enseña la historia respecto de los galos ó gálatas de aquende ó allende los Alpes. La acumulación de tales vasos en el valle del Sarre hace probable que allí hallábase el establecimiento de las hordas galas más ricas y osadas.

XVII. *Descubrimientos de objetos galos en Italia. Armas y hebillas.*—Encuétrase en el cementerio de Marzabotto (Apeninos) la misma configuración de vasos y copas etruscas descubiertas al norte de los Alpes en medio de las armas etruscas, es decir, de las armas galas enterradas al sud de los Alpes al lado de armas etruscas. Las sepulturas galas del Marne y las sepulturas etruscas de Marzabotto son verosímilmente contemporáneas, y se remontan á una fecha que puede variar entre unos 300 y 250 años antes de Jesucristo. Esta fecha hállase en perfecta concordancia con los acontecimientos históricos que todo el mundo conoce, la derrota de los galos y de los etruscos cerca del lago de Vadimon, por Dollabella, en 283, el saqueo de Delfos, en 278, etc.

XVIII. *El casco de Berru.*—En el mes de Setiembre de 1872, en el lugar llamado el Terrage, á 2 kilómetros de Berru, un cultivador descubrió una huesa orientada, conteniendo el esqueleto de un hombre sepultado con grande

uniforme tendido muy probablemente sobre su carro de guerra ó de gala. Hacia los piés del esqueleto había un gran número de objetos de metal, entre los cuales figuraba un casco de forma cónica, adornado en su circunferencia de diseños muy originales grabados al perfil. Dicho objeto no es un casco galo, ni siquiera un casco romano: ni el trabajo ni la ornamentación indican un casco etrusco; tampoco es un casco griego, y nada autoriza á considerarlo como un producto del arte indígena. Forzoso es, pues, atribuirle un origen ó una inspiración oriental directa; y eso tanto más por cuanto recuerda los cascos asirios del palacio de Sargon, que eran unos conos coronados de un botón.

XIX. *Los gálatas ó galos.*—Las voces *Galli* ó *Galate* aparecen en la historia en un momento cuya fecha puede ser determinada con una aproximación suficiente. Dichos pueblos son las hordas guerreras que, después de haber invadido la alta Italia, habían avanzado hasta Roma el año 390 antes de nuestra era. Ocupaban el sud de la Galia y extendíanse por el otro lado de los Alpes. El nombre de *Galli* fué muy exacto en su origen. Según Polibio y otros historiadores, eran hombres del Norte. Es preciso absolutamente hacer de los celtas y los gálatas (*Galli*, *Galos*) dos ramas distintas. Los celtas mencionados por Hecateo 500 años antes de Jesucristo, que ocupaban en su mayor parte las regiones del Poniente, son en realidad una antigua y poderosa raza, que tomó posesión, de 500 á 600 años antes de nuestra era, por algunas de sus tribus, de las comarcas del alta Italia. Los galos, por el contrario, salidos de las márgenes del Cher, del Allier y del Ródano, no pudieron ocupar la Cisalpina antes del año 300. La arqueología está acorde con la historia para hacer de los galos ó gálatas un eslabon particular de la série que forma la cadena de nuestra historia nacional. En resumen, en la clasificación de nuestras antigüedades nacionales, en las épocas ya admitidas por el

uso, renacimiento, edad media, merovingia ó franca, gala, romana, forzoso es añadir en lo sucesivo un periodo anterior celtico, tan distinto del periodo galo, como el periodo galo lo es del periodo romano.

XX. *Del valor de las expresiones. Celtas ó gálatas en Polibio.*—En los treinta y siete últimos libros de Polibio, la voz «gálatas» tiene un sentido propio y distinto de la voz «celtas», y se aplica á algunas poblaciones de raza celtica, pero que tienen una organizacion particular y pueden ser deslindadas geográficamente. El centro de accion de dichas tribus, la colmena principal de donde parten los enjambres, debe ser colocada sobre el alto Danubio, en Tracia, hácia las orillas del Bósforo, y más tarde en el Asia Menor. Para Polibio, los gálatas son en todas partes las hordas armadas de los transalpinos, que, habiendo descendido á Italia en varias ocasiones desde el año 370, encuéntranse mezclados con los celtas en los combates contra Roma.

Esta bella y buena obra termina con dos apéndices muy preciosos. *Apéndice A.* Lista de las cavernas habitadas ó sepulcrales de la Francia, clasificadas por orden de departamento, segun el *Diccionario de arqueología de la Galia.*—*Apéndice B.* Lista de los dólmenes y galerias cubiertas de la Galia, dispuestas por orden de departamento, segun los documentos recogidos por la comision de la topografía de las Galias.

La carta que M. Alejandro Bertrand ha tenido á bien escribirme da una importancia mayor todavía á su libro: «Vuestra apreciacion, dice, de la *Arqueología celtica y gala* me confirma en la idea de que mi libro no será inútil para la vulgarizacion de una ciencia muy comprometida por las exageraciones sistemáticas. Mi principal, ó mejor dicho, mi único mérito consiste en haber buscado pacientemente la verdad con una completa buena fé, y sin prevencion alguna. Desde quince años acá..... yo he

dicho sucesivamente, sin dejarme seducir por doctrina alguna y con una independéncia que me ha valido más de una enemistad, todo aquello que me parecia verdadero ó al menos verosímil. Háse visto al fin que dichas particulas de verdad atraianse por decirlo así una á otra por ciertos vinculos secretos.

«Ahora estoy preparando una obra de conjunto sobre el mismo asunto. Las excitaciones que recibo de todas partes me hacen esperar que la llevaré á buen término.»

Apéndice I.

Los estudios prehistóricos del libre pensamiento ante la ciencia.—

Los exploradores de Solutré por M. Chavas.—El lecho prehistórico del Monte-Dol por el abate M. Hamard.

Estudios históricos del libre pensamiento.—Respuesta á M. G. de Mortillet, por M. F. Chavas, corresponsal del Instituto de Francia.

«En Agosto de 1872, publiqué una obra titulada: *Estudios sobre la antigüedad histórica segun las fuentes egipcias y los monumentos prehistóricos...*

«Pasmado de la seguridad con la cual los discípulos de vuestra escuela ventilan las cuestiones de historia y cronología, he procurado determinar, por una parte, los límites más remotos de la verdadera historia y por otra parte, los puntos de contacto entre la historia y lo que vos llamais la prehistoria (edades de piedra, de bronce y de hierro). Yo he podido hacer retroceder los límites de la civilización histórica hasta el siglo XI antes de nuestra era, sin dar un solo paso en el dominio de la mitología. Luego he demostrado la antigüedad del uso de los metales sobre las orillas del Nilo, y la variedad de sus empleos como utensilios en las épocas más remotas....

«Por algunos hechos, cuyas pruebas son notorias á todos, está bien establecido que los pueblos de las islas y del litoral del Mediterráneo, pudieron tener, hace más de cincuenta siglos, algunas relaciones con los egipcios, y por consiguiente aprender á conocer todos los metales incluso el hierro.

«Habiendo determinado así la fecha posible de la in-

troduccion de los metales en Europa, he buscado, en un capítulo especial, las huellas históricas y el empleo de los utensilios de piedra y hueso en épocas en que los metales eran vulgarmente conocidos. Por los hechos que he citado, tales como el uso de las flechas de sílice con filos rectos en una época casi reciente de la historia de Egipto, etc., fácil es inferir que la vulgarización del hierro y de su empleo no había extirpado por completo el uso de la piedra... He tratado de los resultados obtenidos por los descubrimientos hechos en los lechos reputados prehistóricos, y discutido las huellas históricas de la existencia de una edad de piedra. Yo infero de dicho estudio que ni la Biblia ni historiador alguno nos hablan de una época de este género...

«Luego he estudiado las estaciones dichas de la piedra pulida, principalmente las de las orillas del Saône...

«Los depósitos romanos cortan ó dividen á corta diferencia en dos partes iguales el espesor de los aluviones que el Saône ha depositado, desde el primer lecho de sílices elaborados hasta nuestros dias. Si el acrecentamiento periódico siguió una marcha semejante en ambos períodos, á los mil quinientos años de fecha media de la época romana en nuestras localidades, es menester agregar mil quinientos años para llegar á los más antiguos depósitos de la piedra pulida, que se remontan así á tres mil años...

«Que se admita, si se quiere, treinta y cinco siglos, lo cual me parece inverosímil, no por eso nos hemos de ver fuera de los límites de la historia, y la edad de piedra, en Borgoña al menos, no exigirá modificación alguna en nuestras ideas clásicas sobre la cronología, mientras que se trate del período durante el cual la hachuela pulida y las flechas con aletas eran de uso habitual...

«No es necesario de ningún modo admitir un largo intervalo entre dos épocas paleolítica y neolítica, que tienen tantos puntos de semejanza.

«El hombre del período dicho paleolítico no aparece de

ningun modo inferior en destreza ó inteligencia al de los tiempos del hacha pulida.

«La única circunstancia capaz de sugerir la idea de una antigüedad un poco remota, es la coexistencia con el hombre, en nuestros climas, de ciertos animales cuya raza ha desaparecido ó que han emigrado. He consagrado un largo párrafo á ese asunto importante, habiendo procurado demostrar que esa modificación de la fauna no necesita la intervencion de guarismos de años muy considerables.

«El doctísimo y respetabilísimo M. E. Lartet no creia en la excesiva antigüedad de la desaparicion del renfífero.

«M. Gosse ha encontrado el renfífero en una sepultura, con algunos bastones de mando, sílices groseros y láminas de oro con diseños de rasgo. Todo eso no parece trasportarnos á una fecha muy remota.

«De algunas otras especies de la fauna cuaternaria, unas de ellas hánse alejado y han emigrado en todas las direcciones, ó aun simplemente en altura, otras han desaparecido y son hoy consideradas como especies extinguidas. Empero, respecto de los animales de los mismos géneros: elefantes, rinocerontes, hipopótamos y leones, viven hoy bajo algunas latitudes meridionales. Los ciervos se encuentran todavía en el Norte como en el Sud. El oso ha emigrado hácia el Norte, ó al menos hácia las regiones elevadas y frias. Por último, otras especies cuaternarias habitan siempre las localidades en las cuales encontramos sus restos fósiles...

«El arte de alfarería era conocido en la época del renfífero.

«Algunos objetos de alfarería, semejantes á los artefactos de alfarería neolítica, han sido encontrados en algunos hogares no removidos de la edad del renfífero.

«M. Perrault ha encontrado igualmente objetos de barro cocido en el fondo de la gruta de Rully (renfífero, mammoth, etc.)

«Cerca de Schaffouse se han explorado algunas grutas ca-

racterizadas por varios restos de industria paleolítica y una fauna cuaternaria, con algunas osamentas de animales domésticos.

«En la caverna de Wierzchen, M. Zavisza ha encontrado algunas osamentas cuaternarias mezcladas con objetos de la época neolítica. El caballero M. de Rosst ha encontrado el renfífero neolítico en la caverna del Monte del Gioie y en los sepulcros de Cantalupo; y este sabio eminente considera como cosa probada hasta la evidencia que la edad neolítica no puede hallarse muy distante de la verdadera historia...

«Si los sílices de Thenay fueron elaborados por el hombre, vuestras leyes paleontológicas hállanse trastornadas, y si ello fué por algun animal antropoide, debereis convenir en que ese casi-bruto, que sabia encender el fuego para hacer estallar sus sílices, tenia en su vida ordinaria necesidad de algunos instrumentos asaz delicados, de raspadores para quitar las pieles, de punzones para coserlas, etc. ¿En qué, pues, era él inferior á los salvajes de la Australia, de los cuales ciertas tribus no han sabido hasta ahora labrar el sílice, ni menos poseen armas ni utensilios?...

«El hombre salido de la antropopiteca reside todavía en el dominio de las más vagas hipótesis; y sobre estas hipótesis precisamente estriba el encadenamiento de las edades prehistóricas; dudo que, si en vez de atribuirlo todo al desenvolvimiento de las fuerzas de la naturaleza, cuyos archivos se hallan en tan mal estado, y de no explicar por ello ninguna de las causas primeras, admitimos la intervencion de un Creador que hubiese establecido dichas leyes y ordenare incesantemente la aplicacion de ellas, ya no nos será posible, ó poco menos, sentar en principio el hecho de la miseria y de la barbarie original del primero ó de los primeros hombres...

«Las tradiciones humanas que conservaron en todas partes el recuerdo de épocas fabulosas, de sucesos sobrenaturales, no hacen mencion alguna de esos largos pe-

riodos de estado salvaje por los cuales la humanidad hubiera principiado sobre la tierra.»

Los exploradores de Solutré. Carta de M. Chabas en contestacion á una carta abierta de M. Arctin y Ducros.—A propósito del esqueleto descubierto en las excavaciones de Solutré, en presencia de los miembros de la Asociación francesa para el fomento de las ciencias, esqueleto del cual Carll Vogt había osado decir que era de un hombre más viejo que el pretendido judío llamado Adan, M. Chabas no vacila en decir: El conjunto de objetos característicos de la época del rengifero faltaba en la sepultura; si allí existian vestigios de hogar, preciso es atribuirlo á las inhumaciones posteriores que, segun el abate Ducrost, pudieron continuarse en dichas condiciones hasta los tiempos galo-romanos. La orientacion era la de las sepulturas burgoñesas ó francas, de la antigüedad cristiana y de la Edad media. Siento no haber recibido á tiempo, para publicarla, el acta sobre la inhumacion en Solutré, en presencia de M. Estéban Reomar, de un esqueleto enteramente semejante al de Vogt, y que llevaba entre sus dedos una sortija de bronce. El hombre de Solutré pertenecia, pues, á la edad de bronce.

El lecho prehistórico del Monte-Dol, por el abate Mr. Hamard. Conclusiones.—El lecho del Monte-Dol, prehistórico en el sentido de ser *extraño* á la historia, no es sin embargo anterior á ella. Dos motivos parecen concurrir á primera vista para que se atribuya á dicho lecho una elevada antigüedad: la forma grosera de sus instrumentos de piedra y la naturaleza de sus osamentas, las cuales, en su mayor parte, pertenecen á algunos animales desaparecidos de la comarca. Pues bien, ni uno ni otro de dichos motivos son, á nuestro parecer, concluyentes. En primer lugar debemos observar que sí, por un lado, es muy probable que haya habido en Francia un tiempo en que el hombre sólo hacia uso de instrumentos de piedra labrada, más cierto es todavía que tal uso se

continuó durante la era cólcica, en una época en que ya se pulia la piedra, y desde entonces, si la piedra caracteriza un período reciente, la piedra labrada no caracteriza ninguno. En todos tiempos, en efecto, el hombre privado de los metales debió emplear con preferencia ciertas sustancias minerales en el estado bruto; el pulirlos hubiera sido hacer imposible el uso de ellos. Así, cuando se piensa cuán difícil era el utilizar para un trabajo cualquiera la mayor parte de las *celta* ó hachas pulidas, que encierran nuestros museos, siéntese uno inclinado á preguntarse si jamás ellas fueron destinadas á servir, si todas ellas no eran unas armas de lujo y de capricho, unas alhajas ú objetos votivos, y, en consecuencia, si no debe borrarase completamente de la cronología prehistórica el pretendido período de la piedra pulida. El hombre que, por ejemplo, tenia el sílice á mano, ¿debia acaso entrelénerse en pulirlo para hacer de él un instrumento más que mediocre, cuando para obtener un cuchillo excelente, una hoja cortante, un punzon agudo de dicho mineral bastábale desgajar un casco del mismo?

Pues bien, si la edad del sílice del Monte-Dol no prueba la antigüedad del lecho, la presencia en aquel sitio de osamentas pertenecientes á algunos animales no la establece mejor. Los documentos históricos, por confusos que estos sean, que poseemos sobre los primeros tiempos de nuestra era, nos dejan entrever á todos esos animales, viviendo en libertad en los vastos bosques que cubrian á la sazón gran parte de nuestro territorio, sobre todo en Bretaña.

El descubrimiento de sus osamentas no puede, pues, ser motivo de gran sorpresa para nosotros.

Una vez zanjadas dichas dificultades, restan los argumentos directos.

Las oscilaciones del suelo, que hemos encontrado inscritas, por decirlo así, en el lecho del Monte-Dol, las hemos encontrado igualmente mencionadas por las tradiciones, confirmadas por numerosos descubrimientos y

atribuidas por unas y otras á una misma época. Nosotros sabemos cuál es esta época; sabemos por otra parte, que el origen del lecho es anterior á la misma; nosotros podemos, pues, fijar su fecha aproximada que es, conforme dijimos ya, el principio de la era actual.

Algunas consideraciones han venido á confirmar dicha fecha. Nosotros sabemos de una manera cierta que dos de los animales cuyas osamentas han sido descubiertas en el Monte-Dol vivieron en aquella localidad durante los primeros siglos de nuestra era. ¿No es, pues, permitido inferir de ahí que los demás animales cuyos restos forman parte del mismo lechó vivieron en la misma época?

Nosotros hemos hecho ver además que, según todas las apariencias, nuestro lecho era contemporáneo de los monumentos megalíticos de la Bretaña; hemos visto, por otra parte, que dichos monumentos, casi todos ellos de origen céltico, pertenecen en su mayor número, según M. Fergunon, á la era cristiana. ¿No es, pues, este también un poderoso argumento en apoyo de nuestra opinión?

Repitámoslo sin embargo al terminar. Nosotros no hemos pretendido fijar de una manera absolutamente precisa el origen del lecho del Monte-Dol. Todo lo que pretendemos es dejar sentado que dicho lecho es contemporáneo de aquella antigua selva de Leiny, que cubrió en antiguos tiempos el país de Dol y la bahía actual del Monte-San-Miguel. Él no pudiera, pues, ser posterior á la época de la sumersión de aquel país por el mar, es decir, verosimilmente al siglo vii; mas él pudiera ser anterior con mucho á dicha época.

¿Quiere esto decir que sea posible atribuir el origen del referido lecho hasta el tiempo de Homero, como lo proponía poco há el R. P. de Valroger, cuya pérdida ha sido tan sensible? No lo creemos, y las líneas que preceden nos parecen justificar esta manera de ver. La fecha más aproximada que nosotros proponemos debe parecer menos arbitraria; si por un lado ella engendra más preocupaciones, ofrece en cambio la ventaja de apoyarse en

algunas razones. Por nuestra parte no esperamos que todos aprueben nuestro modo de argüir, pero no podrá desecharse; nuestro procedimiento en la materia constituye en favor de nuestra fecha una probabilidad que no existe respecto de otra alguna; nuestro sistema tiende á rejuvenecer á las especies dichas cuaternarias, y por lo tanto al hombre mismo su compañero en los tiempos prehistóricos. Que otros descubrimientos por el estilo tengan lugar, y pronto será forzoso reconocer que aquellos animales, cuya coexistencia con el hombre se ponía muy recientemente en duda, vivieron, por decirlo así, en nuestros días. Hoy no tenemos todavía más que la probabilidad; esperamos que mañana tendremos la certeza.